recia granizada de piedras. Adrasto mismo con la espada en la mano, marchando á la cabeza de los escogidos entre sus mas intrépidos Danienses, persigue, al resplandor del incendio, las tropas que huyen. Derriba con el cortante acero lo que se ha libertado del fuego; nada en sangre; no puede aplacar su sed de matanza: los leones y los tigres no igualan su furia cuando despedazan á los pastores y sus ganados. Las tropas de Falante sucumben, y el valor las abandona: la pálida Muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de serpientes, hiela en sus venas la sangre; sus miembros entumecidos se quedan yertos, y las rodillas les flaquean, quitándoles hasta la esperanza de la fuga.

Falante, á quien la vergüenza y la desesperacion dan todavía alguna fuerza y vigor, alza las manos y los ojos al cielo; ve caer á sus piés á su hermano Hipias, que cede á los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hipias, tendido en el suelo, se revuelca; una sangre negra é hirviendo sale como un rio de la profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se oscurecen, su alma furiosa huye con toda su sangre. El mismo Falante, bañado con la sangre de su hermano y sin poderle favorecer, se ve envuelto por una nube de enemigos que se empeñan en derribarle; mil golpes le han atravesado el escudo, tiene el cuerpo cubierto de heridas, no puede rehacer sus tropas fugitivas: los dioses le ven, y no se apiadan de él.

LIBRO XVII.

Telémaco, habiéndose revestido de sus armas divinas, acude al socorro de Falante, derriba á Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso, y hubiera alcanzado una victoria completa, si no hubiese sobrevenido una tempestad que puso fin al combate. En seguida manda Telémaco recoger los heridos, cuida de ellos y principalmente de Falante. Preside á las exequias de Hipias, su hermano, y le presenta sus cenizas recogidas por él mismo en una urna de oro.

Júpiter en medio de todas las divinidades celestes miraba desde la cumbre del Olimpo la mortandad de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables destinos, y veia todos los caudillos cuyas vidas debia cortar aquel dia la tijera de la parca. Estaba clavada en su rostro la vista atenta de cada uno de los dioses, para descubrir cual seria su voluntad. Pero el padre de los dioses y los hombres les dijo con voz dulce y majestuosa: Veis el estremo á que estan reducidos los aliados; veis á Adrasto, que arrolla á todos sus enemigos: pues ese espectáculo es muy engañoso; la gloria y prosperidad de los malvados duran poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este reves no sucede á los aliados sino para enseñarlos á corregirse y á guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el jóven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Aquí Júpiter cesó de hablar. Todos los dioses continuaban silenciosos mirando el combate.

En tanto llegó á Nestor y Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba ya quemada; que la llama, impelida del viento, iba cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podia resistir por mas tiempo á los esfuerzos del enemigo. Apénas hieren sus oidos esas funestas palabras, corren ambos á las armas, juntan los capitanes, y mandan que á toda priesa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don pro-

cioso de la sabia Minerva, que apareciéndosele con la figura de Mentor, aparentó que las habia recibido de un excelente artífice de Salento, si bien las habia hecho fabricar á Vulcano en las humeantes cavernas del Etna.

Eran tersas como un espejo, y brillantes como los rayos del sol. Veíase en ellas á Neptuno y Palas disputándose la gloria de cual pondria su nombre á una ciudad naciente. Neptuno daba en la tierra con su cetro, y se veia salir de ella un caballo impetuoso; saltábale fuego de los ojos, y la boca le arrojaba espuma; las crines flotaban á la merced del viento; las piernas flexibles y nerviosas se recogian con vigor y lijereza. No andaba, saltaba á fuerza de ijares, y con tanta velocidad que no dejaba señales de su huella: se creia oirle relinchar.

En otro lado estaba Minerva dando á los habitantes de su nueva ciudad la oliva, fruto del árbol que habia plantado: la rama de que el fruto pendia representaba la dulce paz con la abundancia, preferible á los trastornos de la guerra, cuya imágen era el caballo. La diosa quedaba triunfante con sus simples y provechosos dones, y la soberbia Atenas recibia su nombre.

Tambien se veia á Minerva juntando al rededor de sí todas las bellas artes, representadas por tienos niños con alas: refugiábanse estos en torno de ella, asustados de los furores bárbaros de Marte que todo lo destruye, como los corderillos baladores se refugian al rededor de su madre al ver al lobo hambriento, que, con la boca abierta y encendida, se abalanza á ellos para devorarlos. Minerva con rostro airado y desdeñoso confundia por la superioridad de sus obras la loca temeridad de Aracne [1], que se habia atrevido á disputarle la perfeccion en el tejido de los tapices. Se veia á esa desdichada, cuyos miembros extenuados se iban desfigurando y transformándola en araña.

Allí cerca volvia á representarse á Minerva cuando, en la guerra de los gigantes, servia al mismo Jupiter de consejera, y sostenia á los demas dioses admirados. Tambien

[1] Aracne ó Aráonea, hija de Idomon, de Lidia, fué transformada en araña por Minerva, á causa de creerse que trabajaba mejor de tapicería que esta diosa, á quien se atribuye la invencion.

estaba como en las orillas del Xanto [1] y del Simois [2], con lanza y egida, llevando de la mano á Ulises, reanimando á las tropas fugitivas de los Griegos, sosteniendo los esfuerzos de los mas valientes caudillos troyanos y hasta del temible Hector, y por último introduciendo á Ulises en la máquina fatal que debia en una sola noche derribar el imperio de Priamo.

Por otra parte, representaba el escudo á Ceres en las fértiles campiñas de Ena situadas en el centro de Sicilia. Estaba en actitud de reunir los pueblos dispersos que buscaban la subsistencia cazando, ó recogiendo las frutas silvestres que se caian de los árboles. Enseñábales á aquellos hombres groseros el arte de ablandar la tierra y sacar de su fecundo seno el alimento. Presentábales un arado, al cual hacia uncir bueyes. Se veia la tierra abriéndose en surcos por la reja del arado; luego se distinguian las doradas mieses que cubrian aquellos fértiles campos: el segador cortaba con la hoz los dulces frutos de la tierra, y recogia la recompensa de todas sus faenas. El hierro, destinado en otras partes á destruirlo todo, allí parecia que no se empleaba sino para facilitar la abundancia y reunir todos los placeres.

Las ninfas, coronadas de flores, bailaban unas con otras en la pradera de la márgen de un rio junto á una espesura: Pan tocaba la flauta, y los faunos y sátiros traviesos saltaban en una esquina. Allí aparecia Baco tambien, coronado de hiedra y apoyado con una mano en su tirso, teniendo en la otra una vid cubierta de pámpanos y racimos de uvas: belleza afeminada con no sé qué de noble, apasionado y lánguido. Estaba representado como cuando encontró á la infeliz Ariadna [3] sola, abandonado y llena de congoja en una playa desconocida.

[1] Xanto ó Escamandro, rio del antiguo reino de Troya, que entra el mar Egeo.

[2] Rio de la misma region, que junta sus aguas con las del Escamandro, y va con él á desembocar en el mar Egeo.

[3] Ariadna, hija de Minos y Pasifae, dió á Teseo un hilo para guiarse en el laberinto sin perderse, y le siguió hasta la isla de Naxos, en donde aquel ingrato la dejó abandonada al furor de las fieras. Allí la vió Baco y se enamoró de ella.

Por último, en donde quiera se veia un numeroso pueblo, ancianos que llevaban á los templos las primicias de sus frutos, jóvenes que volvian á sus esposas, cansados de trabajo del dia, y á cuyo encuentro salian las mujeres con sus hijos pequeños que llevaban de la mano haciéndoles caricias. Veíanse tambien pastores que parecia que cantaban, bailando algunos al son del caramillo. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias: todo parecia risueño y venturoso. Hasta se veia en los prados retozar los lobos en medio de los carneros: el leon y el tigre, depuesta su ferocidad, pastaban con los recentales: un zagal muy jóven los guiaba juntos y obedientes á su cayado, recordando aquella amable pintura todos los encantos de la edad de oro.

Telémaco, revestido ya de sus armas divinas, por tomar el escudo suyo, tomó la egida terrible que Minerva le habia mandado, por medio de Iris, pronta mensajera de los dioses. Sin que él lo notase, Iris le habia quitado su escudo, y le habia dado en su lugar aquella egida formidable aun para los dioses mismos. En tal estado, sale del campamento para evitar el incendio; llama á su lado con voz fuerte á todos los caudillos del ejército, y su voz basta para reanimar á todos los aliados aturdidos. Los ojos del jóven guerrero centellean con un fuego divino. Se muestra siempre afable, siempre desembarazado y sereno, siempre atento á dar órdenes, como lo podria hacer un prudente anciano ocupado en arreglar su familia é instruir á sus hijos. Pero ejecuta con prontitud y celeridad; semejante á un rio impetuoso, que no solamente hace rodar con precipitacion sus espumosas ondas, sino que tambien arrastra en su corriente las naves mas pesadas que le cargan.

Filoctetes, Nestor, los caudillos de los Mandurianos y los de las otras naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta autoridad, á la cual es menester que todo se someta: faltales la esperiencia de los ancianos, todos los jefes han perdido el consejo y la sabiduría; hasta la envidia, tan natural en el hombre, se apaga en el corazon; todos callan; todos admiran á Telémaco; todos se disponen á obedecerle, sin pensarlo, y como si lo hubieran tenido por costumbre. Adelántase él, y sube á una colina, desde donde observa el órden de los enemigos: al momento juzga que se necesita

sorprenderlos de repente en el desórden en que se hallan por quemar el campamento de los aliados. Apresúrase á dar la vuelta, seguido de todos los capitanes mas esperimentados. Acomete á los Danienses por la espalda, cuando ellos creian al ejército de los aliados envuelto por las llamas del incendio. Esta sorpresa los desconcierta; caen al ímpetu del brazo de Telémaco, como las hojas en los últimos dias del otoño caen de las selvas, cuando un fiero aquilon que trae al invierno, hace gemir el tronco de los árboles seculares y agita sus ramas. La tierra está cubierta de los hombres que Telémaco derriba. Su dardo le pasa el corazon á Ificles, que era el menor de los hijos de Adrasto, y que se habia atrevido á presentarle el combate para salvar la vida de su padre, á quien por poco no sorprende Telémaco. El hijo de Ulises é Ificles eran ambos hermosos, esforzados, diestros y valientes, de igual estatura, de igual agrado, de igual edad ambos, y ambos queridos de sus padres; pero Ificles era como una flor que se abre en el campo, y debe ser cortada por la hoz del segador. En seguida Telémaco derriba á Euforion, el mas famoso de los Lidios que pasaron á Etruria. Por último, su espada hiere á Cleómenes, recien casado, que habia prometido á su esposa llevarle los ricos despojos de los enemigos, pero que no debia volver á verla.

Adrasto se estremeció de rabia al ver á su hijo muerto, y á otros muchos capitanes, y que la victoria se le escapaba de las manos. Falante, casi abatido á sus piés, parece una víctima medio degollada que se sustrae al cuchillo sagrado y huye léjos del altar. Faltábale un momento á Adrasto para dar fin del Lacedemonio. Falante, anegado en la sangre suya y de sus soldados que peleaban por él, oye los gritos de Telémaco que viene á su socorro. Vuélvele la vida en ese instante; la nube que ya velaba sus ojos, se disipa. Los Danienses, á tan imprevista arremetida, dejan á Falante para acudir á enemigo mas peligroso. Adrasto está como un tigre á quien los pastores reunidos arrebatan la presa que iba á devorar. Telémaco le busca en la refriega resuelto á acabar de una vez la guerra, librando á los aliados de su mas implacable enemigo. Pero Júpiter no queria dar al hijo de Ulises una victoria tan pronta ni tan fácil: Minerva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 1925 MONTERREY

nisma queria que pasara por trabajos mas largos, para que aprendiese mejor á gobernar á los hombres. El impío Adrasto fué conservado por el padre de los dioses, á fin de que Telémaco tuviera tiempo para adquirir mas gloria y mas virtud. Salvó á los Danienses una densa nube que Júpiter formó en los aires; un espantoso trueno declaró la voluntad de los dioses: se hubiera creido que las eternas bóvedas del alto Olimpo iban á desplomarse sobre los débiles mortales: del uno al otro polo cruzaban los relámpagos desgarrando la nube; y apénas deslumbraban los ojos con sus penetrantes destellos, se caia en las horribles tinieblas de la noche. La copiosa lluvia que cayó al mismo tiempo sirvió tambien á separar á los dos ejércitos.

Adrasto se aprovechó del socorro de los dioses, sin que le moviera su padre, y por semejante ingratitud mereció que le reservaran venganza mas cruel. Dióse priesa á pasar sus tropas por entre el campamento medio quemado y un pantano que se estendia hasta el rio: tanta fué la pericia y celeridad con que lo ejecutó, que su retirada manifestó cuanta capacidad y presencia de ánimo tenia. Los aliados, animados por Telémaco, querian darle alcance; pero se les escapó á favor de aquella tormenta, como un pajarillo con lijeras alas se escapa de las redes del cazador.

No pensaron ya los aliados sino en volver al campamento y reparar su pérdida. Al entrar en él se ofreció á sus ojos el espectáculo mas lamentable que tiene la guerra: los enfermos y los heridos, faltos de fuerzas para salir de las tiendas, no habian podido defenderse del fuego, y estaban á medio quemar, dando al cielo con voz lastimera y moribunda gritos dolorosos. El corazon se le partia á Telémaco, que no pudo contener las lágrimas: muchas veces apartó la vista penetrado de horror y de compasion: érale imposible ver sin estremecerse aquellos cuerpos vivos y condenados á una muerte lenta y cruel: parecian como la carne de las víctimas quemadas en las aras, y cuyo olor se esparce por todos lados.

¡Ah! esclamaba Telémaco, ¡hé ahí los males que la guerra trae consigo! ¡Qué ciego furor arrastra á los míseros mortales! Teniendo tan pocos dias que vivir sobre la tierra, y esos pocos siendo tan desdichados, ¿a qué precipitar una muerte ya tan cercana? ¿á qué añadir tantas

aflicciones horrorosas á la amargura de que los dioses han llenado esta vida tan corta? Los hombres son hermanos, y se despedazan unos á otros; ménos crueles son las fieras. Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres; esos animales no acometen sino á los de especie diferente: solo el hombre, á pesar de su razon, hace lo que no hicieron jamas los animales privados de ella. Ademas ¿porqué semejantes guerras? ¿No hay en el universo tierras sobradas para dar á todos los hombres mas que pueden cultivar? ¿Cuántas tierras no hay desiertas? Al género humano le seria imposible poblarlas todas. ¡Con que una gloria falsa, un vano título de conquistador que le plugo á un príncipe adquirir, han de bastar para encender la guerra en inmensos paises! Así un hombre solo, venido al mundo por la ira de los dioses, sacrifica tantos otros á su vanidad. ¡Es menester que todo perezca, que todo se anegue en sangre, que todo sea pasto de las llamas, que lo que se salve del hierro y del fuego no se pueda salvar del hambre todavia mas cruel, para que un hombre solo, que se burla de la humanidad entera, halle en esta general devastacion su placer y su gloria! ¡Qué monstruosa gloria! ¿Hay aborrecimiento que baste ni desprecio que sobre para quien así se olvida de la humanidad? No, no, léjos de ser semidioses, ni aun hombres son, y merecen sufrir la execracion de todos los siglos de que han creido que iban á ser admirados. ¡Oh cuán circunspectos deben ser los reyes en sus empeños de guerra! Han de ser estas justas; y no basta, es menester que sean necesarias para el público bien. La sangre del pueblo no debe derramarse sino para salvar á ese mismo pueblo en estrema necesidad. Pero los consejos de la adulacion, las ideas erradas de gloria, las vanas rivalidades, la injusta avaricia que se encubre con honrosos pretestos, en fin los compromisos insensiblemente contridos, arrastran casi siempre á los reyes á guerras en que encuentran la desgracia, en que sin necesidad lo arriesgan todo, y en que hacen tanto mal á sus súbditos como á sus enemigos. Así discurria Telémaco.

No se contentaba empero con deplorar los males de la guerra, sino que procuraba aliviarlos. Se le veia ir por las tiendas á socorrer por sí mismo á los enfermos y moribundos; dábales dinero y remedios; los consolaba y los animaba

con palabras afectuosas, y enviaba á quien visitara los que él no podia visitar.

Habia entre los Cretenses que habian ido con él dos ancianos, de los cuales se llamaba uno Traumafilo y otro Nosófugo.

Traumafilo habia estado en el sitio de Troya con Idomeneo, y habia aprendido de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. Derramaba en las heridas mas hondas y enconadas cierto licor odorífero que consumia las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de hacer incision alguna, y formaba prontamente otras nuevas mas sanas y hermosas que las primeras.

En cuanto á Nosófugo, si bien no habia conocido á los hijos de Esculapio, habia adquirido por medio de Merion[1] un libro sagrado y misterioso que Esculapio les habia dado. Ademas Nosófugo era amante de los dioses, habia compuesto himnos en loor de los hijos de Latona[2], y todos los dias sacrificaba una cordera blanca sin mancha á Apolo, de quien muchas veces se sentia inspirado. Apénas veia á un enfermo, le conocia en los ojos, en el color de su complexion, en la configuracion del cuerpo y en la respiracion, la causa de la enfermedad. Unas veces daba remedios que hacian sudar, demostrando por el buen éxito de los sudores como la transpiracion, disminuida ó facilitada, descompone ó restablece toda la máquina del cuerpo: otras daba para los síntomas de consuncion ciertos brevajes que fortificaban poco á poco las partes nobles, y rejuvenecian á los hombres dulcificando su sangre. Sin embargo aseguraba que la falta de virtud y valor es la causa de que tan ámenudo se necesite de la medicina. Es vergüenza, decia, que haya tantas enfermedades, porque las buenas costumbres mantienen la salud. La destemplanza, decia ademas, convierte en mortífero veneno los alimentos destinados á conservar la vida. Los placeres inmoderados acortan los dias del hombre mas que se los pueden alargar los medicamentos. Los

[1] Merion era el que guiaba el carro de Idomeneo, y el jefe de las fuerzas navales que llevó á Troya. Era un capitan muy bizarro y esperimentado.

[2] Hija de Ceo: tuvo de Júpiter á Apolo y Diana en la isla de Asteria.

pobres padecen ménos enfermedades por falta de alimento que los ricos por sobra de él. Los manjares que halagan demasiado el paladar, y que hacen comer mas de lo necesario, envenenan en lugar de sustentar. Los mismos remedios son verdaderos males cuando estenúan la naturaleza, y solo se deben usar en los casos urgentes. El principal remedio, que siempre es inocente y siempre útil, es la sobriedad, la templanza en los placeres, la tranquilidad de ánimo, el ejercicio del cuerpo. Por ese medio se cria una sangre pura y benigna, y se disipan los humores superfluos. Así era el sabio Nosófugo ménos admirable por sus medicamentos, que por el régimen que recomendaba, para preservarse de los males y hacer innecesarios los remedios.

Esos dos hombres fueron los que Telémaco envió á visitar á los enfermos del ejército. A muchos curaron con sus remedios; pero á mas curaron todavía con el cuidado de hacérselos administrar á tiempo, procurando que se les tuviera con aseo, impidiendo con la limpieza que el aire se corrompiera, y haciéndoles guardar un régimen de rigorosa sobriedad durante la convalecencia.

Los soldados, todos agradecidos á tanto esmero, daban gracias á los dioses de que hubieran enviado á Telémaco al ejército de los aliados. No es este un hombre, decian, es sin duda alguna divinidad benéfica en figura humana. A lo ménos, si es un hombre, mucho mas que á los demas hombres se asemeja á los dioses; no está en la tierra sino para hacer bien, y aun es mas estimable por su afabilidad y virtud que por su valor. ¡Oh! ¡si pudiéramos tenerle por rey! pero los dioses le destinan para algun pueblo que aman y en el cual quieren renovar el siglo de oro.

Telémaco, miéntras por la noche hacia la ronda en los cuarteles del campamento para evitar los ardides de Adrasto con esta precaucion, oia los elogios que de él hacian, y que no eran sospechosos de lisonja como los que suelen darse á los príncipes en su presencia, suponiendo que no tienen modestia ni delicadeza, y que basta con alabarlos sin miramiento para granjearse su favor. Al hijo de Ulises no le podia agradar sino la verdad, ni podia consentir otras alabanzas que las que le daban en secreto y léjos de él, des-

pues de haberlas merecido. Su corazon no era insensible á estas; sentia él ese deleite puro y suave que los dioses han puesto en la virtud, y que los perversos, no habiéndole esperimentado, ni pueden imarginarse ni creer; pero no se entregaba á ese placer, porque de repente le venian de tropel á la memoria cuantas faltas habia cometido: no elvidaba su natural altivez y su indiferencia hácia la humanidad, avergonzándose interiormente de ser tan duro y parecer tan humano. Así volvia á la sabia Minerva toda la gloria que le daban y que no creia merecer.

Vos sois, ó gran diosa, decia, quien me habeis dado á Mentor para instruirme y corregir mi mala índole; vos sois quien me dais la sabiduría para aprovecharme de mis faltas desconfiando de mí; vos sois quien conteneis mis pasiones impetuosas; vos sois quien me haceis gozar del placer de aliviar á los desgraciados: sin vos me veria aborrecido y seria digno de serlo; sin vos cometeria faltas irreparables, seria como un niño que, no conociendo su flaqueza, deja á su madre y cae al primer paso.

Nestor y Filoctetes estaban maravillados de ver cuan afable y deseoso de captarse la voluntad, cuan obsequioso, cuan pronto para socorrer, cuan dispuesto á adelantarse á todas las necesidades, se habia vuelto Telémaco; no sabian qué pensar, y reconocian que era otro hombre. Lo que mas les sorprendia, era el esmero con que se habia ocupado de los funerales de Hipias. Él mismo habia ido á sacar su cuerpo sangriento y desfigurado del monton de cadáveres donde estaba debajo; derramó sobre él piadoso llanto, y dijo: ¡Oh sombra escelsa, ahora sabes cuanto he estimado tu valor! Verdad es que tu altivez me habia irritado; pero tus defectos procedian de una juventud fogosa: bien sé yo cuanta indulgencia necesita esa edad: nosotros hubiéramos sido al fin sinceros amigos; por mi parte no tenia razon. ¡Oh dioses! ¿porqué me le habeis arrebatado ántes de que le hubiera obligado á amarme?

En seguida hizo Telémaco lavar el cuerpo con licores odoríferos; se preparó despues de órden suya una hoguera. Los corpulentos pinos crujian al golpe de las hachas, y caian rodando desde la cima de la montaña. Las encinas, esas hijas seculares de la tierra que parecian amenazar al cielo, los altos álamos, los olmos, cuyas copas son tan verdes

y frondosas, las hayas que son la honra de la selva, vienen á caer á la orilla del rio Galeso: allí se levanta con simetría una pira que parece un edificio regular: la llama comienza á mostrarse, y un torbellino de humo sube al cielo.

Los Lacedemonios se adelantan con paso lento y lúgubre, con las picas vueltas y la vista baja: en sus rostros adustos se retrata el dolor mas amargo, y las lágrimas corren abundantemente de sus ojos. Seguíalos Ferécides, á quien mas que el peso de los muchos años agobiaba la pena de sobrevivir á Hipias, criado por él desde la infancia. Levantaba al cielo las manos y los ojos anegados en llanto. Desde la muerte de Hipias no habia consentido en tomar alimento alguno: el dulce sueño no habia podido cerrar sus párpados ni suspender un instante su agudo pesar: iba con pasos trémulos siguiendo al acompañamiento, sin saber adonde se encaminaba. No salia una palabra de su boca, porque su corazon estaba demasiado oprimido, y aquel silencio era el de la desesperacion y abatimiento; pero cuando vió la hoguera encendida, se enfureció de repente y esclamó: ¡Oh Hipias, Hipias, ya no volveré á verte! ¡Hipias no existe, y yo vivo todavía! Oh mi querido Hipias, yo he sido el cruel, yo el feroz que te ha enseñado á despreciar la muerte; yo creia que tus manos cerrarian mis ojos, y que tu recibirias mi último suspiro. ¡Oh dioses crueles, habeis prolongado mi vida para que viera el fin de la de Hipias! ¡Oh hijo querido que yo he criado, y que me has costado tantos afanes, ya no te veré mas! pero veré á tu madre que morirá de tristeza echándome en rostro tu muerte; veré á tu tierna esposa maltratándose el pecho y arrancándose los cabellos, ¡y yo habré sido la causa! ¡Oh sombra amada, llámame á las orillas de la Estigia; la luz me es odiosa: tú solo, mi querido Hipias, eres á quien yo quiero ver. ¡Hipias! ¡Hipias! ¡Hipias mio! yo no vivo sino para cumplir con el último deber que me imponen tus cenizas.

Entre tanto veíase el cadáver del jóven Hipias tendido en un féretro adornado de púrpura, oro y plata, en donde le conducian. La muerte habia apagado sus ojos, pero no habia podido borrar toda su hermosura, y aun en su rostro pálido se distinguian las gracias: se veia flotar al rededor de un cuello mas blanco que la nieve, aunque inclinado so-

bre el hombro, la larga cabellera negra, mas hermosa que la de Atis[1] ó Ganimedes, que se iba á convertir en ceniza en el lado se descubria la profunda herida por donde habia perdido toda la sangre, y que le habia hecho bajar al tenebroso reino de Pluton.

Telémaco iba triste y abatido detras del cuerpo, echánole flores. Cuando llegaron á la pira, el hijo de Ulises no pudo ver que la llama penetrase en las ropas que envolvian cadáver, sin derramar lágrimas de nuevo. ¡A Dios, dijo, magnánimo Hipias! ya que no me atrevo á llamarte amigo: aplácate, ó sombra que tanta gloria has merecido. Si no te amara, envidiaria tu felicidad: tú te has libertado de las miserias que todavía nos abruman á nosotros, y has salido de ellas por el camino mas glorioso. ¡Ojalá me sea dado acabar como tú! ¡Que la Estigia no detenga tu sombra! ¡que los Campos Elíseos te se abran! ¡que la fama conserve tu nombre por todos los siglos, y que tus cenizas descansen en paz!

Apénas hubo dicho esas palabras corradas por sollozos, cuando el ejército entero lanzó un grito: mucha afliccion escitaba Hipias, cuyas grandes hazañas se referian, no recordando, con el dolor de su muerte, sino sus buenas prendas, y olvidando los defectos que le habian hecho contraer el ímpetu de su juventud y una mala educacion. Pero aun conmovian á todos mas los tiernos sentimientos de Telémaco. ¿Es ese, decian, aquel jóven Griego tan altivo, tan imperioso, tan menospreciador, tan intratable? ¡Qué dulce se ha vuelto, qué humano, qué afable! Sin duda Minerva, que ha amado tanto á su padre, le ama tambien á él; sin duda le ha colmado de los mas preciosos dones, dándole con la sabiduría un corazon sensible á la amistad.

Ya estaba el cuerpo consumido por las llamas. El mismo Telémaco regó sus cenizas todavía humeantes con agua de olor; púsolas luego en una urna de oro que coronó de flores, y la llevó á Falante. Estaba este acostado, cubierto

[1] Mancebo de Frigia, muy amado de Cibeles, el cual presidia á sus sacrificios con la condicion de guardar su pureza; pero habiendo violado su voto, se arrebató de tal modo contra sí mismo, que se hizo eunuco. Cibeles le transformó en pino.

de heridas, y en su extremada debilidad se veia en el tenebroso umbral de los infiernos.

Habíanle suministrado sin embargo Traumafilo y Nosófugo, enviados por Telémaco, todos los soccoros de suarte: iban poco á poco recobrándole el alma pronta á fugarse; le reanimaban nuevas fuerzas insensiblemente; un vigor suave y penetrante, bálsamo de vida, se deslizaba por sus venas hasta el corazon, y le arrancaba á las manos heladas de la muerte un calor agradable. En aquel momento, habiendo cesado el desmayo, y seguídole el dolor, comenzó á sentir la pérdida de su hermano, que hasta entónces no habia estado en situacion de sentir. ¡Ay de mí! decia, ¿á qué se esmeran con tanto afan en hacerme vivir? ¿no valdria mas para mí morir y acompañar á mi querido Hipias? Yo le he visto perecer junto á mí. ¡O Hipias, delicias de mi vida, hermano mio, mi querido hermano, tú no existes! ¡Y no podré ya verte, ni oirte, ni abrazarte, ni contarte mis penas, ni consolarte en las tuyas! ¡O dioses enemigos de los hombres! ¡no hay para mí mas Hipias! ¿es posible? ¡Qué! ¿no es un sueño? No, no es sino muy verdad. O Hipias, te he perdido, yo te he visto morir, y es menester que yo viva tanto por lo ménos cuanto sea necesario para vengarte: quiero inmolar á tus manes al cruel Adrasto teñido con tu sangre.

Miéntras hablaba Falante en esos términos, procuraban mitigar su dolor los dos hombres divinos, temiendo que el mal se acrecentara y se frustrase el efecto de los remedios. En esto ve á Telémaco que se presenta delante de él. El primer ímpetu de su corazon se dividió en dos pasiones contrarias: conservaba cierto resentimiento de lo que habia pasado entre Telémaco é Hipias, y el dolor de la pérdida de Hipias le enconaba todavia mas: por otra parte, no podia ignorar que le debia la vida á Telémaco, el cual le habia sacado sangriento y medio muerto de las manos de Adrasto. Pero cuando reparó en la urna de oro en que estaban encerradas las cenizas tan queridas de Hipias, rompió en un torrente de lágrimas, y al instante abrazó á Telémaco sin poder hablarle, hasta que al cabo le dijo, con voz lánguida é interrumpida con sollozos:

Digno hijo de Ulises, vuestra virtud me obliga á amaros: os debo este resto de vida que va á estinguirse; pero aun os debo algo que me es mucho mas caro. Sin vos, el cuerpo

de mi hermano habria sido pasto de los buitres; sin vos, su sembra, privada de sepultura, erraria desgraciadamente por las orillas de la Estigia, siempre repelida por el inexorable Caron[1]. ¿He de deberle tanto á quien tanto he aborrecido? O dioses, premiadle, y libradme á mí de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, para que nada falte á vuestra gloria, haced mis exequias como habeis hecho las de mi hermano.

Quedó Falante, al acabar, estenuado y abatido por el esceso del dolor. Telémaco se mantuvo junto á él sin atreverse á hablar, y aguardando á que recobrara sus fuerzas. No tardó en volver de su desmayo, y entónces tomando la urna de las manos de Telémaco, la besó muchas veces, la inundó de lágrimas, y dijo: O queridas, ó preciosas cenizas, ¿cuándo se encerrarán aquí con vosotras las mias? Hipias, yo te sigo á los infiernos: Telémaco nos vengará á los dos.

Entre tanto el mal de Falante disminuia diariamente con los cuidados de los dos hombres que poseian la ciencia de Esculapio. Telémaco no los dejaba, estando casi siempre al lado del enfermo, á fin de estimularlos y adelantar la cura; y todo el ejército admiraba mas la bondad con que asistia á su mayor enemigo, que el valor y prudencia que habia mostrado en la batalla salvando á los aliados.

Al mismo tiempo Telémaco se mostraba infatigable en los trabajos mas rudos de la guerra: dormia poco, y le interrumpian el sueño frecuentemente ó las noticias que á todas las horas del dia y de la noche recibia, ó la ronda de los cuarteles del campamento, que jamas hacia á las mismas horas dos veces seguidas, á fin de sorprender mejor á los poco vigilantes. Solia volver á su tienda cubierto de sudor y de polvo: su alimento era simple, porque vivia como los soldados, para darles el ejemplo de la sobriedad y de la paciencia. Teniendo el ejército en el campamento pocos víveres, juzgó necesario cortar las murmuraciones de la tropa, tomando voluntariamente parte en sus privaciones é incomodidades. Con tan penosa vida, léjos de debilitarse, se

[1] Hijo de Erebo y de la Noche, barquero del infierno, que pasa las almas en su barca por la Estigia y por los rios del Tartaro.

robustecia mas y mas su cuerpo: empezaba á perder las gracias delicadas que son como la flor de la primera juventud, la tez se le ponia mas morena y ménos suave, y sus miembros perdian en blandura y ganaban en vigor.

LIBRO XVIII.

Telémaco, á quien diversos sueños persuaden de que su padre Ulises no está ya en el mundo, lleva á cabo el designio de irle á buscar á los infiernos: se ausenta del campo, va con dos Cretenses hasta un templo vecino de la famosa caverna de Aquerontia, se interna por entre las tinieblas, llega á las orillas de la Estigia, y Caron le recibe en su barca: preséntase á Pluton, al cual halla dispuesto á permitirle que busque á su padre: atraviesa el Tártaro, en donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y sobre todo los malos reyes.

Adrasto, cuyas tropas se habian debilitado considerablemente en el combate, se habia retirado detras de la montana de Aulon[1] para aguardar varios refuerzos, y volver á tentar de nuevo la sorpresa de los aliados: semejante á un leon hambriento que, ahuyentado de una majada, se recoge en las oscuras selvas y gana su caverna, en donde afila los dientes y las garras, acechando el momento favorable para despedazar los rebaños.

Telémaco, habiendo cuidado de establecer una disciplina severa en todo el campo, no se ocupó mas que de un pensamiento que habia concebido y que ocultó á todos los caudillos del ejército. Habia mucho tiempo que se sentia agitado todas las noches de ensueños que le representaban á su padre Ulises. Su imágen querida se le aparecia siempre hácia el fin de la noche, ántes que la aurora saliera á despedir del cielo, con sus nacientes destellos, las inconstantes estrellas, y de la faz de la tierra el dulce sueño con sus vagarosas visiones. Ora creia ver á Ulises desnudo, en una isla afortunada, á orillas de un rio, en una pradera esmaltada de flo-

[1] Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior hácia el cabo Estilo, sobre la cual hay un pueblo del mismo nombre, en otro tiempo villa episcopal y sufragánea de Regio.